

Tema 8:

¿Cómo encontrar a Jesús hoy en la Iglesia?

Juan nos guía a reconocer los signo de su presencia

Jesús el Cristo, que pasó en medio de nosotros haciendo el bien, que el Padre ha resucitado de la muerte para que lleve vida a todos, hoy vive en los “signos” de la Iglesia: Juan nos presenta a Jesús en su dimensión eclesial. Los sacramentos y la comunidad de los discípulos representan la continuación de los milagros realizados por Jesús.

Juan nos permite acoger las coordenadas míticas, pero reales: teológicas, históricas, espirituales, pero visibles.

OBJETIVO

Es en la Iglesia donde nuestra conciencia de Jesús se hace plena y nuestro encuentro con Él nos transforma en discípulos: esto que estamos haciendo en nuestros encuentros es para hacer crecer y consolidar nuestra fe, encontrando siempre más a Jesucristo en los signos que continúa cumpliendo hoy en medio de nosotros. Y Juan, en su evangelio y en sus escritos, nos guía para encontrar a Jesús, el Señor glorioso y viviente, en la Iglesia.

CONTENIDO DEL ENCUENTRO

1. Premisa sobre el texto joánico

Como ya sabemos, el Nuevo Testamento se ha construido en la segunda mitad del primer siglo y principio del siguiente; y puede ser subdividido en tres grandes bloques: Los Sinópticos (+ Hechos de los Apóstoles); las Cartas, la obra de Juan (Evangelio + 3 cartas + Apocalipsis). Más allá de la disputa sobre los autores, las fechas de composición, la unidad literaria de cada escrito, tenemos en los textos un testimonio amplísimo sobre la fe apostólica, garantía para el uso universal de la comunidad primitiva de tales escritos y por la ortodoxia de los contenidos. Juan en particular escribe casi al final de la época apostólica testimoniándonos una situación particular en la Iglesia (Cristo acogido, pero no todavía totalmente entendido, primeras herejías, necesidad de encontrar a Cristo en el signo de la Iglesia...).

El ambiente en el que se desarrolla su reflexión es el de Asia Menor, donde eran difundidas perspectivas impregnadas de dualismo (gnosticismo-docetismo): Juan nos responde a través de su obra, afirmando que Jesús es leído en profundidad, dentro de la crónica de los hechos, sin haber olvidado que el misterio de Cristo se realiza “en la carne”, es decir profundamente ligado a la historia. Podemos decir que su reflexión tira un puente entre la cultura helenista, bañada de sabiduría teórica y filosófica, y la cultura judaica, anclada todavía en esquemas superados por Cristo.

2. El Jesús de Juan (Evangelio y cartas)

“Eso que hemos oído, eso que hemos visto con nuestros ojos, eso que hemos contemplado, eso que nuestras manos han tocado por el Verbo de la vida...” (1 Jn 1,1): esta frase resume bien la esperanza joánica. Por muchos años Juan ha sido amigo de un hombre, de un profeta, en el que poco a poco ha reconocido al Cristo. Después la nota dramática de la pasión, descubre que su amigo “sobre el que había reclinado la cabeza”, es ¡el Hijo de Dios! Esta es la paradoja del Jesús de Juan: un ser humano que se puede ver y tocar, hecho “carne”; pero en él se puede también “ver” y “creer” a la presencia del Verbo, del Hijo de Dios.

Un verdadero hombre. El Jesús de Juan es muy concreto: tiene un cuerpo como nosotros y una psicología como la nuestra. Cansado se sienta en el pozo, pidiendo de beber a una mujer (4,6); tiene una casa donde se puede pasar la tarde con Él (1,38;3,2); tiene un amigo, Lázaro, y amigas, Marta y María (cc.11-12); conoce el dolor y llora sobre la tumba del amigo (11, 33.35); participa en un banquete de bodas y es capaz de montar en cólera con los comerciantes entorno al templo (2,5). Sabe conducir con tacto las conversaciones hasta penetrar en la profundidad de cada ser, aludiendo a su vida, pero sin condenar a ninguno (c.4)

El Revelador del Padre. Pero tiene un punto de referencia preciso: el Padre. Por Él es venido y a Él retorna, manifestando únicamente eso que ha oído al Padre. Así, a Dios nadie lo ha visto antes: es el propio Jesús quien nos lo da a conocer (1,18). Jesús vive libremente la unión-dependencia del Padre, como disponibilidad a hacer en todo su “voluntad”, pero con un amor así profundo por encontrarse siempre a ser una sola cosa con el Padre. Así puede manifestarlo en toda su plenitud: nos habla con frecuencia de ÉL, pero nos hace también ver en su obra (“los signos” que ocupan toda la primera parte del Evangelio): *“Felipe, quien me ve a mí ve al Padre”* (14,9). Nos revela al Padre también dándonos el Espíritu que nos guiará a la verdad entera (16,13). Es por esto que Juan toma la fórmula “YO SOY”, cercana a la literatura sapiencial y a Isaías,

usada para indicar la presencia y la acción en la historia de Yavhé, y la transforma en fórmula central de su cristología; como dice, Cristo es la interpretación más elevada por Dios como Salvador de su pueblo (cf Ex 3 y Is 43).

El Hijo del Hombre. El rostro humano de esta “encarnación” de Dios, el Padre, introduce en el mundo un proceso universal, en las que entran en juego “testimonio”, “juicio”, “acusación”, “paráclito” (abogado)... Jesús de hecho se nos aparece como el “Hijo del Hombre” de memoria profética (Daniel), esperado para el fin de los tiempos a separar las tinieblas de la luz, la vida por la muerte... Jesús da nuevos contenidos a la figura antiguotestamentaria: descendió del cielo, pero no para condenar, sino para salvar; es la luz, exhorta a los hombres a elegir; en el proceso intentando en el mundo, él está del lado de los juzgados, libremente, por amor al Padre y por amor a los hombres por los cuales “da su vida”, como el buen pastor. Este proceso continuará en la historia y por eso él manda al Espíritu Santo.

“Yo soy la vida, la verdad, la vida”. Así Juan resume su presentación de Jesús: camino hacia el Padre, verdad sobre Dios y sobre el hombre en el desarrollo de la historia humana, vida eterna que Dios comunica a los hombres. Jesús es la implicación definitiva de Dios en la historia de los hombres, porque él es con el Padre una sola cosa, pero es también una cosa sola con los suyos: entonces Jesús es el lugar donde se manifiestan plenamente Dios y el hombre, cuyo destino es de ahora en adelante estar juntos.

3. El prólogo del Evangelio de Juan

Es oportuno dedicar un poco de tiempo a la reflexión sobre el Evangelio, texto central no solo porque en eso Juan reclama los temas de su escrito, pero también porque pone el fundamento de su reflexión sobre Jesús. La perspectiva de la preexistencia y de la creación en Cristo por un lado, por otra la encarnación, no solo colocan el Evangelio sobre en Jesús en corazón de la reflexión helenística, sino también en la concreción de la historia bíblica de la experiencia judía, haciendo una síntesis maravillosa. El prólogo expresa también el camino del creyente que se mueve para encontrar y conocer a Cristo: por la historia “carnal” de Jesús a su presencia, a su ser Dios.

4. El Cristo del Apocalipsis

El género literario propio de este escrito representa un modo típico de leer la historia para captar el misterio profundo, eso es la acción de Dios: la reflexión

sobre Cristo que nos presenta es fuertemente figurativa (atendiendo sobre todo al Antiguo Testamento) y proyectada al sentido global por la historia, después de la resurrección.

El cordero inmolado es el nombre propio de Jesús: es él el hombre de Nazaret que porta los signos gloriosos por la cruz y su vestido está ahora manchado por sangre derramada sobre la cruz (19,13). Todavía él es rito, glorioso por la misma gloria de Dios y arrastran la gloria a toda la humanidad. Él es el Cordero pascual cuyo sacrificio permite la salvación a todo el pueblo y sella la Alianza; Él es el Siervo suficiente en cuya humanidad encuentra sentido a toda creación. En la extraordinaria visión del c.1 Jesús aparece como el hijo del Hombre en el esplendor de su divinidad y como Dios será cantado como el “Primer y Último, el alfa y Omega”. Su resurrección lo ha hecho entrar en la verdadera vida. Él es el testimonio fiel que lleva en el mundo el conocimiento de Dios y el compañero fiel que “está a la puerta y llama” (3,14.21).

5. Conclusiones sobre la cristología bíblica

En primer lugar, hay diversos puntos de vista sobre el misterio de Cristo: esta riqueza debe ser valorada y estudiada atentamente, sin superposiciones ni simplificaciones. Hay que recuperar a través del Nuevo Testamento una serie de conexiones cristológicas, corazón de la fe cristiana, con otros componentes de ella (ej. Dios, escatología, Iglesia, etc.)

Algunas características de la catequesis neotestamentaria sobre Jesús son subrayadas:

- el discurso sobre Jesús es situado en la perspectiva de historia de la salvación y ocupa el centro: hablar de Cristo para la biblia significa contar los hechos y los encuentros, los cual han culminado en la muerte y resurrección de Cristo;
- A través de Jesús la biblia nos revela definitivamente quién es Dios: Él es el Dios de Jesús el Cristo que para siempre entra en la historia humana sin poderse separar de ella e incluso llegar a “casarse” con ella a través de la humanidad de Jesús para salvar al hombre y a la historia. Varios aspectos de la investigación sobre Dios no son más que cosas sueltas (reflexiones sobre Dios y sobre Jesús, el ser y llegar a ser de cada hombre...);
- Todo el discurso sobre Jesús y su significado para los creyentes parte de la concreta vivencia histórica de Cristo, sin la cual no habría ni anuncio ni catequesis; los varios aspectos de Jesús se fundan sobre hechos “misteriosos” de su existencia histórica.

En particular la cercanía de Jesús tiene su culmen en la Pascua de muerte y resurrección: los apóstoles anuncian al Resucitado que no es otro que Jesús de Nazaret. Es la resurrección el punto de partida de la fe neotestamentaria que proclama: “Jesús es el hijo de Dios porque en él Dios se ha encarnado en la historia humana”. En la historia de Jesús de Nazaret encontramos a Dios mismo: es el Cristo, el Hijo de Dios, el Unigénito del Padre.

DOCUMENTOS Y FUENTES

- Después de haber leído la introducción a Juan en la “Biblia de Jerusalén” (pp. 2257-2263), os sugerimos releer en el mismo Evangelio algunos pasajes: ej. Jesús es el agua viva (c.4), Jesús es el pan de vida (c.6), Jesús es la luz (c. 9), Jesús es el buen pastor (c. 10), Jesús es la resurrección y la vida (c.11), Jesús es camino, verdad y vida (c. 14).
- Es obligado, llegado este punto, haber leído las dos encíclicas que hemos propuesto: “*Redemptor Hominis*” (1979) y “*Redemptoris Missio*” (1990).

TRABAJO PERSONAL O DE GRUPO

1. Propuesta 1

Releyendo el Evangelio de Juan, señalar los textos en los que el autor alude a los sacramentos de la Iglesia...

Después de haber leído el pasaje, decir brevemente como Juan nos presenta a Jesús; en definitiva, qué aspecto del encuentro con Jesús resalta.

2. Propuesta 2

Leer atentamente el prólogo del Evangelio de Juan: 1, 1-18. Al final de la lectura, responder a las siguientes preguntas:

- ¿de qué se habla en el pasaje examinado?
- ¿Qué palabras vienen repetidas más de una vez?
- ¿Qué es el Verbo y qué hace?

PARA LA ORACIÓN EN EL GRUPO

¿CÓMO ORAR CON EL EVANGELIO EN LA MANO?

Dejando, sobre todo, hablar a Dios mismo a través de el Verbo de vida y dándole a Él la Palabra, hablándola hecha nuestra...

Probemos a realizar la oración así:

- Un lector lee un pasaje
- Cada participante lo relee y subraya aquello que quiera, que le ha llamado la atención
- Cada participante invoca la presencia de Dios con frases sacadas del mismo pasaje (o bien da gracias a Dios, alaba a Dios, etc.)
- Al final el lector relee con calma el pasaje.

Conclusiones del encuentro

- * ¿Hemos descubierto alguna relación particular entre Cristo y los sacramentos, entre nuestra oración comunitaria en la Iglesia y nuestro encuentro con Él? ¿En qué contexto?
- * ¿Qué aspecto de la figura de Jesús, tal como nos lo presenta Juan, hoy nos ha golpeado mayormente? Podemos sobre cualquier punto continuar la búsqueda personal?
- * ¿Nos parece que los encuentros nos ayuda a cambiar la mentalidad? ¿Qué cosas ya han cambiado en nuestro modo de orar, de estar con los otros, de pensar en Dios? ¿Qué cosas en particular?